

El final de la carretera.

Fue cerca de principios del otoño de 2124. Aquel día el primer hombre conoció de verdad su propio límite. ¿De verdad pensabas que el agua no se acaba? ¿Acaso creías que los besos no se gastaban? ¿O en serio te pensabas que los números no terminan?

Todo lo que se decía antes de ese año, antes de ese otoño...

Qué inocente pudo llegar a ser la gente. Pensaban que podían llegar a querer infinitamente a alguien. "Infinito", ese es el error con el que cargaban todos ellos. El infinito era una idea errónea con la que nacía y moría la gente de antes.

Bosco Bardo dio un paso que fue un giro radical en la sociedad. Si nada es infinito, ¿con qué propósito se iba a vivir desde entonces?.

Los años siguientes fueron años tormentosos, la gente iba sin rumbo, sin un propósito que perseguir. Si todo se iba a acabar algún día, no había por qué esforzarse. Más adelante las personas fueron teniendo pensamientos más prudentes y decidieron disfrutar al máximo de todo a pesar de que luego no habría servido para nada. Estos fueron llamados los KSR (Kamikazes Sin Rumbo). A raíz de los KSR nacieron los BMC (Bloqueo Mentalistas Cuadrículados) diagnosticados por los psicoanalistas. Estos sufrían bloqueos mentales frente a una situación de decisión. Eran la mayoría de la población. En esos momentos era muy complicado tener una idea clara sobre qué hacer y cómo hacer con tu vida, te habían arrebatado todas tus ideas, tus principios, pero lo que no les habían quitado eran sus finales.

Los científicos eran científicos locos en escena, los filósofos entraron en colapso, los profesores se daban de baja y en la política no hubo una gran diferencia.

Todos perdían la cabeza.

El mismo apocalipsis se ceñía sobre el mundo, no era un cambio natural, político, social o económico, era un giro radical en la existencia del ser humano. Y Bosco Bardo fue el responsable de ésta historia, pero en cualquier caso creo que es necesario remontarnos un poco antes del acontecimiento, al 8 de octubre de 2124.



La carretera estaba llena de hojas, más llena estaba de niños que acababan de salir del colegio, todos llevaban un paraguas en la mano. El tiempo no acompañaba mucho y todavía quedaba bastante hasta llegar a casa. Bardo contaba en voz alta las líneas de la carretera. Normalmente contaba seiscientos cuarenta y nueve, pero si estaba despistado podía llegar a haber seiscientos sesenta y dos. Todos los días, al ir y al volver del cole, repetía lo mismo, que ya se había convertido en costumbre y siempre lo hacía en voz alta.

Bardo decía que las líneas de la carretera eran como los minutos, uno tras otro van pasando, lo ves de lejos, pasa, y ya lo tienes detrás. Así transcurrían todos los días, pero en el momento de llegar a casa o al colegio se paraba a pensar que se estaba desviando de la carretera para llegar a su destino, mientras que las líneas del alquitrán seguían y seguían pero nunca sabía cuál era, o si había algún final. Y eso le resultaba difícil relacionarlo con los minutos.

Realmente Bardo era un chaval complicado, o al menos esa era la visión que tenían todos, hasta sus padres. En el colegio casi no tenía amigos, y si hablaba con alguien, ese acababa aturdido. Las amistades con Bardo no eran muy duraderas y esto era simplemente por la falta de silencio en conversaciones. Era una radio estropeada, un radiocasete recitando la saga completa del Señor de los anillos en bucle. Era un no parar, palabras y más palabras salían sin cesar de su boca. Había recorrido todos los psicólogos y logopedas de la ciudad, y él estaba tan harto de ir de aquí para allá como los mismos psicólogos. Tanto que los psicólogos tuvieron que recurrir a otros psicólogos. A Bardo le hacía mucha gracia pero su madre no quiso que tuviese más hermanos pues eso requeriría tener que estar en casa unos cuantos meses y era una de las madres que no soportan a sus hijos.

El crujido de las hojas bajo sus pies le resultaba un tanto relajante. Cuatrocientos dieciocho, cuatrocientos diecinueve, cuatrocientos veinte. El viento soplaba fuerte y le impedía andar tan rápido como a él le gustaba, a pesar de que fuese cuesta abajo. Cuatrocientos veintidós, cuatrocientos veintitrés, *cutrocientos veinticutro, cutrocientos veinticutro, ¿CUTROCIENTOS VEINTICUTRO?* ¿Qué le estaba pasando? De repente no sabía vocalizar la “a”. Decidió seguir con su camino y su cuenta. Sería que solo había tenido un mal día. *Cutrocintos vinticutro, cutrocintos vinticinco*, esto ya no le hacía gracia, ni la “a” ni la “e” le salían. Siguió con la cuenta pero no podía decir ciertas letras,

primero la “a”, luego la “e”, más tarde la “i” la “m” y la “c”... Y poco a poco Bardo se fue quedando sin sus letras, sin poder formular todas las palabras que le encantaba decir. Se vió hundido por la ausencia de su propia virtud, ¿ahora qué haría? Con lágrimas resbalando por sus mejillas corrió veloz hacia su casa, rompiendo su orden y su costumbre. Ahora su cuenta y las malditas líneas no importaban nada en comparación con su problema. Dejando atrás las líneas, que era realmente de lo que había estado viviendo toda su vida y de lo que en ese momento se dió cuenta.

Al llegar a casa no tenía cómo avisar, lo único que quería era gritar tan fuerte como sus cuerdas vocales le permitieran. Buscó a su padre con los ojos en la sala de estar, no estaba. Subió las escaleras tan rápido como pudo. En cada paso que daba tres lágrimas caían por su frío rostro. Encontró a su madre sentada sobre el sofá rojo en el que siempre se encontraba leyendo. La madre de Bosco levantó la mirada y cinco segundos silenciosos corrieron por los tres metros que les separaban. Delante de ella había un niño de rostro afilado y blanco como el papel, desesperación y tristeza se reflejaban en él, pero en vez de un lloro descontrolado y con lagrimones fue un silencio aterrador, se podía escuchar el sonido de los relojes de la casa, y creo que la madre también pudo oír lo que Bardo estaba sintiendo.

Los titulares de los periódicos no hacían más que hablar de nuestro amigo, Bardo se convirtió en el nuevo tema de conversación de todo el vecindario, la ciudad, y el país, y en menos de una semana ya circulaba hasta en Oceanía, además de haberse convertido en el protagonista de los periódicos más importantes del momento. “A un niño se le acabaron las palabras”, “La última palabra de Bosco Bardo”, “Revolución mundial, se nos gastan las cosas”.

Día tras día su puerta era aporreada por cientos de Bloqueo Mentalistas Cuadrículados (BMC), llamados en un principio periodistas, ansiando poder publicar un nuevo titular mejor que los demás. Eran una peste, siempre buscando cotilleo, y no se daban cuenta de que estaban anunciando su propio final. Bardo se libraba de ello pues no tenía cómo responder. Dejó de asistir al colegio, su mente se apoderó de él, cuando podía hablar soltaba todo lo que se le pasaba por la mente y eso era su mayor distracción. Ahora que eso no podía, las ideas se le amontonaban en su cabeza, le entraba dolor de cabeza, pero no tenía por donde sacar todo lo que pensaba. Las tardes en el sillón se hacían largas y pesadas. De vez en cuando oía la sirena de las ambulancias que venían a rescatar a

un grupo de Kamikazes Sin Rumbo (KSR) que se habían estrellado con sus coches, habían saltado por un puente o habían enfermado de tanto hacer running.

Todos aquellos tiempos muertos le dieron oportunidad a Bardo para reflexionar. Qué iba a hacer cuando le habían arrebatado lo que mejor hacía, lo que más le gustaba hacer, y lo que hacía día tras día, que era hablar. Alguien o algo se lo había quitado y estaba muy enfadado, pero siempre se acababa acostando sabiendo que había sido él mismo quien se las había quitado de tanto usarlas. De haberlo sabido antes, lo mucho que se habría callado y haberse guardado algunas letras para cuando realmente hubiese querido decir algo. Pero sus líneas necesitaban ser nombradas, si no serían borradas tras el paso de los coches y olvidadas.

El mundo a su alrededor poco a poco se volvía más y más loco, no sabía quienes eran peor, si los KSR o los BMC. A veces agradecía poder quedarse en su casa, lejos de todo ese bullicio. La gente pensaba que si a un niño se le habían gastado las palabras a ellos también se les podría gastar cualquier cosa, y así era, pero no cualquier cosa si no la que más utilizasen. Por miedo a perder lo que fuese la gente dejó de hacer montón de cosas.

A Bardo eso no le importaba, nunca le había importado lo que pasaba a su alrededor. Todos los días se los pasaba en su sillón pensando, y siempre al anochecer se iba a la cama con la misma conclusión.

Los años pasaban y el caos incrementaba. Uno tras otro iban acabando con Bardo como pequeñas puñaladas, sus ansias de hablar se iban esfumando. Ya no era el mismo de antes, o tal vez simplemente se camuflaba con su propio límite. Por más que quisiera sacar de su boca algún sonido le era imposible, por lo que sus ganas se las acabó llevando el tiempo. En esos años que transcurrieron, su madre falleció. A él ya le daba todo igual, pero el hecho de que faltase en la casa su madre, y su única "amiga" no es que le viniese de perlas. Poco más tarde, también faltaba su padre en el viejo sillón .

Setenta y dos otoños pasaron desde aquel día. Había amanecido soleado, ya eran las diez de la mañana y la luz del alba le despertó. Se olía el café desde el segundo piso y los pájaros ya se habían levantado, se oían cantos de al menos tres especies diferentes de aves. Para que entrase mejor luz

Bardo corrió las cortinas y se apoyó sobre el alfeizar de la ventana. Realmente hacía un día estupendo y hacía mucho que no miraba a través de sus cortinas. No había mucha gente por allí, según lo que leía en los periódicos aquello le pareció normal. El cielo estaba despejado y las golondrinas ya lo sobrevolaban, a Bardo se le perdió la mirada entre los árboles durante lo que fueron unos diez minutos. Ya no había nadie en su casa que le dijese que bajase a desayunar y muy a menudo se quedaba absorto en sus pensamientos, pues no podía hacer otra cosa.

El motor de un coche blanco le trajo de vuelta. El coche iba lento, no era un KSR, lo iba conduciendo un señor mayor, de su edad más o menos. Bardo lo reconoció enseguida, era uno de los pocos chicos con los que pasaba el rato en el colegio. Ya había aprendido a expresarse sin hablar y una lágrima rodó lenta por sus mejillas coloradas.

De pronto observó la carretera. Estaba desgastada y levemente agrietada, y se fijó en las líneas pintadas sobre ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, al parpadear, dos cayeron suavemente de nuevo por su rostro. Ya hacía mucho tiempo de aquello, de aquellas líneas que marcaban el tiempo, que contaban sus palabras. Ese había sido el inicio y su final.

No lo dudó, cogió un abrigo y salió por su puerta. Después de mucho tiempo salía para otra cosa que no fuese ir a comprar el pan. Caminó hacia la carretera, no había ningún coche, no había KSR, por lo que pudo pararse y tocar con la mano una de las líneas. Estaban diferentes, casi ni se veían. El paso del tiempo las había cambiado, a ellas y a toda la ciudad, todo estaba diferente. Bardo miró hacia los lados asegurándose de que no había nadie, y de pronto se puso a caminar sobre ellas hacia adelante, contando cada una de ellas al igual que hacía en los viejos tiempos. Parecía absurdo y sin sentido, pero de repente su mirada era diferente.